

El juicio

Estas enfermeras me tienen cansada - rezongó Rosa mientras empuja el escobillón por el desierto pasillo del hospital.-

“Rosa, la paciente de la treinta ha vomitado en el piso y los familiares quieren que limpies.”
-le reclaman y Rosa limpia con paciencia mientras la gorda, que está pagando los excesos de angurrienta, se queja con el pañuelo en la boca.

Es de madrugada y se ha pasado el turno trabajando sin descanso, Como si la noche hubiera querido mantenerla ocupada para que no siga pensando, porque en los últimos días una sola idea porfiaba en volver para encresparla en un terco resentimiento: las injusticias que comete Dios.

¿Cómo se atrevía a juzgar a las prostitutas, a los ladrones, a los que matan con violencia, a las que abortan, sin tener en cuenta sus vidas?

Para cada caso conocía sus atenuantes y se sentaba al lado del Juez para escuchar la sentencia, que según el cura, correspondía en forma inexorable, salvo que mediara el arrepentimiento, pero sus defendidos no se arrepentían ni pedían Perdón, porque no se sentían culpables, lo que les ocurría era parte de sus vidas como el fruto natural de cada árbol.

“Pasa a ser juzgada Juanita López, 16 años, prostituta, un aborto, un hijo vendido a un matrimonio desconocido.”

Yo conozco a esa chica desde su nacimiento mejor que vos, que andás más tiempo en las iglesias, repartido entre misas y entretenimiento de viejas que cuidando a los pobres, -alega Rosa.- Es la menor de nueve hermanos, criada por una madre holgazana y un peón de arroceras, borrachín y castigador. Pasó todas las formas del hambre y no tiene recuerdos de sufrimientos porque su imaginación solo le alcanza para desear comer y descansar. Fue niñera explotada, sirvientita manoseada y desflorada temprano, no importa por quién, porque para eso todos los hombres son una porquería. Con el tiempo descubrió que su cuerpo calmaba las urgencias y su silencio de confesionario era un pozo donde los hombres arrojaban sus penas y temores por un precio de baratija. Juanita seguirá así porque siente que por fin hay algo que hace bien.

Y rosa esperaba desafiante el veredicto de Dios, pero él permanecía callado.

“Pasa a ser juzgado Florindo Gauna, marido golpeador y asesino de su concubina”...

-El Floro siempre fue bruto- dijo Rosa en su defensa- el padre era domador y con la misma hazaña con que castigaba a los animales hasta rendirlos de puro miedo, golpeaba a su familia por cualquier motivo. La ira descontrolada y los golpes eran parte de su vida; hasta el día que por celos apuñaló a su mujer hasta desangrarla.

No tiene la culpa de que le hayan enloquecido los sesos a golpes. -Concluyó Rosa- pero tampoco esta vez Dios le contestó.

-Te crees tan grande que no te rebajas a discutir conmigo.-Rezongó resentida.

-Rosa... escuchó que la llamaban y entró en una de las salas donde una mujer joven, de tez oscura y con un labio leporino a través del cual se veían los dientes blancos, Le dijo con voz clara: "Dame agua por favor." y bebió con ansia de sediento el agua que le alcanzó.

"Dios no puede juzgar una vida." Le dijo mirándola a los ojos mientras le devolvía el vaso.

-¿Y por qué no?- le contestó Rosa poniéndose en guardia.

"Por la misma razón que no se decide un partido de truco en una sola mano."

A esta la internaron por chiflada, -pensó acomodándole la almohada y alisando las sábanas, interesada en seguir escuchando.

"No hay premios ni castigos,- continúa la joven- solo morir y volver a empezar con otras cartas en la mano."

-¿Y para cuándo sería el juicio final?-

"¿Para qué querés un juicio?"

-Para saber quién va al cielo y quién va al infierno.-

"Te han enseñado que los pecadores van al Infierno y los santos al Cielo, pero la cosa no es así. Donde quiera que van los pecadores, crean un infierno y donde quiera que van los santos crean un cielo. En una vida cabe en el cielo y el infierno, de vos depende cuánto de cada uno"- concluyó dándose vuelta contra la pared.

-¿Quién es la paciente de la treinta y seis?- preguntó Rosa en la oficina de enfermería. Se miraron las enfermeras como si se hubieran olvidado de algo y una de ellas arriesgó dudando: la habitación treinta y seis está vacía.

-Me acaba de pedir un vaso de agua.- Contestó Rosa apoyándose en el escobillón.

Revisaron las órdenes de internación y no encontraron nada por lo que a la alarmadas fueron en tropel a resolver el problema. Al llegar a la habitación y encender la luz solo vieron una cama vacía.

-Rosa, ¿Estás borracha o ves visiones?- preguntaron divertidas.

-Estaba en la cama, me pidió agua,- dijo confundida y señalando el vaso sobre la mesa de luz.

-¿Cómo era? - preguntaron y Rosa la describió.

-Es la clorinda.- Dijo la enfermera más vieja que había quedado apoyada en el marco de la puerta.- Era un adolescente que vivía con su padre en un puesto de las islas, un viejo medio loco que la celaba. Además de tener un labio leporino era sordomuda y dicen que recorría los montes y que los animales y las plantas hablaban con ella.

El padre comenzó a delirar que tenía un amante y cada vez que salía a recorrer las trampas de nutria la dejaba estaqueada en un cepo de quebracho que el viejo había traído de una comisaría de La Forestal.

Un día, lejos del rancho, le dio un ataque cerebral y lo encontraron muerto días después, derivando entre sanjones. La clorinda murió de sed. Quién sabe por qué habrá aparecido esta noche. -Concluyó pensativa.

-¿Qué más te dijo Rosa?- le preguntaron.

-Nada, solo me pidió agua.- Les mintió

Las enfermeras se alejaron excitadas por el misterio que acababa de romper su rutina y Rosa se quedó sola para que no la vieran llorar.

Dios había contestado sus alegatos a través de una sordomuda muerta de sed.

Desde entonces no volvió a sentir la necesidad de defender a nadie.

Porque nadie era juzgado.